

Esteban Echeverría y las ideas de la Generación del '37: una mirada retrospectiva

*Comunicación del Académico Fabián Bosoer en la sesión
privada de la Academia Nacional de Ciencias Morales y
Políticas, el 8 de octubre de 2025 a 220 años del natalicio de
Echeverría (2/9/1805)*

Esteban Echeverría y las ideas de la Generación del '37: una mirada retrospectiva

Por el académico **FABIÁN BOSQER**

Propongo en esta comunicación una mirada retrospectiva del lugar que han tenido y siguen teniendo la figura de Esteban Echeverría y las ideas de la Generación del '37 en las “ficciones orientadoras”, narrativas que han buscado dar contenido a una identidad colectiva y un sentido de destino común nacional; tema que recorre nuestra historia y tiene una principal fuente de inspiración en aquel núcleo de escritores, hombre de letras y políticos del siglo XIX que se abocaron a la tarea de pensar la Argentina. Identificar los

problemas que enfrentaba el país y trazar un programa que hiciera de la Argentina una nación moderna.

Me basaré en las relecturas de Juan María Gutiérrez, amigo y primer biógrafo de Echeverría, y de José Ingenieros, Ricardo Rojas, Félix Weinberg, Nicolas Shumway, Beatriz Sarlo y Carlos Altamirano, y otras más recientes, como los trabajos de Horacio Tarcus, Klaus Gallo, Carlos Dámaso Martínez, Gabriela Rodríguez Rial y Alejandro Poli Gonzalbo.

Este 2 de septiembre de 2025, hace pocas semanas, se cumplieron 220 años del nacimiento de Echeverría y considero esta ocasión, propicia para recordar su figura, su vida y su obra, así como la trayectoria de aquella Generación de la que fue un principal referente.

Los grandes hombres, las grandes ideas, y los ámbitos culturales y contextos histórico-sociales que las hacen posibles. Esta presentación propone ese abordaje tridimensional de una sociabilidad intelectual plasmada y encarnada en ideas y acciones que dejaron sus huellas en

nuestra historia.

Como sabemos, el nombre de aquella Generación proviene del grupo de hombres que se reunieron en el Salón Literario, en mayo de 1837, en la trastienda de una librería céntrica de Buenos Aires, “a leer, a discurrir y conversar”, y en el que se destacaron junto a Echeverría y Gutiérrez, Juan Bautista Alberdi, Pedro de Angelis, Domingo Faustino Sarmiento, Vicente Fidel López, Valentín Alsina, Marcos Sastre, Florencio Varela, Félix Frías y Bartolomé Mitre, entre los principales nombres.

“Pensador talentoso y original -así presentará Félix Weinberg a Echeverría- sus ideas fueron el resultado de una elaboración personal de agudas observaciones, estudios y reflexiones sobre la realidad argentina de su época apoyadas en renovadoras incitaciones teóricas de cambio. Se internó así en el análisis de los planos político, cultural, educacional, económico y social”.

“No fue un pensador solitario o individualista -sigue Weinberg. En cuanto logró una síntesis comprensiva que

articulaba todos esos planos, iluminada además por una visión histórica, fue gradualmente entrando en el campo de la militancia cívica, que culmina hacia 1837 con un encuentro generacional donde se dio cita una juventud inquieta y ávida de cambios, como reacción ante una sociedad virtualmente estancada y signada por el autoritarismo, que no ofrecía expectativas de libertad ni de progreso. Es entonces que el poeta Echeverría adviene en el intelectual en acción...”

El escritor, poeta, periodista, autor del manifiesto liminar de la Asociación de Mayo y del *Dogma Socialista*, llamaba a *“protagonizar una revolución moral que marcara un progreso en la regeneración de nuestra Patria”, “alistarse bajo una bandera de fraternidad, igualdad y libertad”,* para formar un partido nacional que superara la guerra civil entre unitarios y federales. Lo que se necesitaba, según él, eran nuevas ideas para una Nueva Argentina.

La nueva generación, sostenía, debía encontrar el genio y la capacidad de iluminar al pueblo: *“beber en las fuentes de la civilización europea, estudiar nuestra historia, examinar con ojo penetrante las entrañas de nuestra sociedad, y*

enriquecido por todos los tesoros del estudio y la reflexión, procurar aumentarlos con el caudal de su labor intelectual para dejar en herencia a su patria obras que la ilustren”.

Una extraordinaria fe en el poder de las ideas y del aporte intelectual. Una convicción de que por su medio, la Argentina podría encontrar un camino de promisión. Como bien lo recordara el Académico Jorge Reinaldo Vanossi en una semblanza de la figura de Alfredo Palacios (que también fuera ilustre miembro de esta Academia), puede afirmarse que Echeverría fue el precursor del concepto social de democracia en estas latitudes. Y a eso nos referiremos particularmente.

En la trayectoria de Echeverría podemos distinguir tres etapas fundamentales. En principio cuando, hacia 1825, viaja a Europa y comienza su formación intelectual y de escritor en París; luego, el momento en que regresa en 1830, después de cinco años, a Buenos Aires, y comienza a publicar sus primeros poemas, participa en la fundación del Salón Literario y llega a ser el líder intelectual de aquel grupo de jóvenes escritores y pensadores políticos. Finalmente, el período de su exilio en Uruguay, a partir de

1940 y hasta su muerte ocurrida en Montevideo en 1851, a los 45 años.

Podría decirse que si bien ya había comenzado su formación intelectual en Buenos Aires, con sus estudios de latín y filosofía en el Departamento Preparatorio de la Universidad de Buenos Aires, cuya perspectiva iluminista era general para esa época, esa formación se volverá más sistemática y actualizada durante su estadía en Francia, donde se sumerge en las lecturas de Byron, Victor Hugo, Lamartine, Vigny, Goethe, Chateaubriand y de los discípulos del socialismo utópico de Saint-Simon, como Fourier y Leroux, y concurre a las clases sobre Humanidades que se dictan en La Sorbonne en París. Es justamente el momento en que el Romanticismo se ha impuesto en Europa y se opera un cambio fundamental en el arte y la literatura, con el trasfondo de las revoluciones burguesas y los movimientos nacionalistas que se desarrollan allí, creando un caldo de cultivo muy particular, en el que los escritores y artistas habían comenzado a tener una identidad social de carácter profesional y se reúnen en torno a los cenáculos, espacios de encuentro e intercambio que conforman un campo intelectual con una relativa

autonomía.

Cuando Echeverría viaja de Buenos Aires al Viejo Mundo, en 1825, en Buenos Aires el proyecto unitario estaba en pleno desarrollo, encabezado por Bernardino Rivadavia, quien pocos meses después asumiría como presidente. Cuando regresa a Buenos Aires, en 1830, el panorama era completamente otro: encuentra a Juan Manuel de Rosas en el gobierno, y cambios significativos en la estructura económica, social y política.

Cabe recordar que a partir de 1810, dos cuestiones fueron fundamentales para las Provincias Unidas del Río de la Plata: la guerra por la independencia y la organización del Estado Nación. Lograda la Independencia, las contradicciones en la lucha por el poder en el país se acentúan entre dos proyectos enfrentados.

Así los definiría Echeverría, años más tarde: *“La sociedad argentina estaba entonces dividida en dos facciones irreconciliables por sus odios como por sus tendencias, que se habían largo tiempo despedazado en los campos de*

batalla: la facción federal, vencedora, que se apoyaba en las masas populares y era la expresión genuina de sus instintos semibárbaros, y la facción unitaria, minoría vencida, con buenas tendencias, pero sin bases locales de criterio socialista, y algo antipática por sus arranques soberbios de exclusivismo y supremacía (...) Había, entretanto crecido -continuaba- sin mezclarse en esas guerras fratricidas, ni participar de esos odios, en el seno de esa sociedad, una generación nueva, que por su edad, su educación, su posición, debía aspirar y aspiraba, a ocuparse de la cosa pública”.

El joven intelectual y escritor que retorna en 1830 estaba lejos de compartir los presupuestos ideológicos de los unitarios. Y se propondrá la elaboración de una alternativa diferente a la de los dos bandos enfrentados en la guerra civil. Junto a sus ideas socialistas y de democracia va a incorporar los “*principios revolucionarios de Mayo*” para formular los bosquejos de un proyecto político nacional.

En lo cultural, consideraba que todo estaba por hacerse. Hasta entonces imperaba el neoclasicismo español, herencia virreinal, de los poetas de Mayo. Los ecos de su

poesía patriótica persisten casi como un recuerdo de las gestas revolucionarias. Aunque no se habían publicado libros de poemas, la poesía se había difundido y se continuaba difundiendo en publicaciones periódicas. La necesidad de un cambio se convertía en una exigencia que Echeverría no sólo interpreta, también se propone elaborar una respuesta.

“Nuestra literatura y nuestra filosofía están en embrión, nuestra legislación está informe, y la educación del pueblo, por empezar”, escribe. Si bien se apoya en los modelos europeos del romanticismo, su aspiración, como la de los intelectuales de su generación, representa un salto cualitativo en la búsqueda de una literatura y una cultura nacionales.

La renovación literaria comenzó a gravitar con *Los consuelos* (1834), el primer libro de poemas firmado con su nombre y el primero publicado por un poeta argentino, y culminará con *La cautiva* que, con otros poemas, conforma el volumen de *Rimas*, aparecido en ese mismo año clave de 1837. La crítica de la época celebra unánimemente en esta obra la intención consciente de incorporar el «color local»;

la naturaleza americana a la poesía. Una propuesta en torno al lenguaje y la literatura que instituía la afirmación de un decir nuevo. Con *El matadero* -publicado años más tarde-, Echeverría añade a este momento fundacional de las letras argentinas, la apertura hacia una línea narrativa realista y crítica.

Pero situémonos en aquellos meses “fundacionales” del '37, cuando por iniciativa de un joven librero, Marcos Sastre, estrechamente vinculado con los estudiantes universitarios, se organiza aquel Salón Literario. Gutiérrez y Alberdi estuvieron en primer fila liderando, virtualmente, a quienes se congregaron allí y que, en su mayoría, pertenecían a las clases medias de Buenos Aires y algunos de ellos del interior del país. También se sumaron algunos parroquianos notables de la sociedad porteña que concurrían a la librería de Sastre, como Pedro de Angelis, Vicente López, Felipe Senillosa y María Sánchez de Mendeville.

El día de la inauguración del Salón Literario (hay imprecisión en la fecha exacta según las distintas fuentes, incluyendo los propios Echeverría y Gutiérrez, si fue un 18, un 23 o un 26 de junio del '37), hicieron uso de la palabra

Sastre, Alberdi, Gutiérrez y Vicente López. Los planteos esbozados en los discursos inaugurales hablaban de la promoción de una cultura nacional, expresiva de la realidad del país, adoptar en forma realista las ideas renovadoras vigentes en el mundo, y enfrentar activamente la herencia colonial y las tradiciones consideradas “retrógradas”. Un programa que se refiere casi exclusivamente en sus inicios a la esfera intelectual, aunque su orientación resulta válida para todos los otros aspectos de la vida nacional.

Bien pronto, el Salón Literario se convirtió en tema obligado de las conversaciones de los círculos letrados de la Ciudad. *“Jóvenes impetuosos y hombres maduros - describe Weinberg- debatían la razón o sinrazón del establecimiento, las virtudes y defectos de los organizadores y el acierto o error del contenido de las disertaciones iniciales. Hubo elogios y aplausos, pero también críticas y algunas bastante despiadadas. El periodismo de Buenos Aires y Montevideo acogió varios artículos con comentarios críticos, reparos e impugnaciones a esas tempranas manifestaciones de los jóvenes románticos...”*

A lo largo de los poco más de seis meses de existencia que tuvo el Salón Literario, se desarrolló en su ámbito una intensa actividad, que confirmaría la impresión de que más allá de las críticas, venía a cumplir con una necesidad social, relacionada de una u otra forma con el quehacer cultural. La diversidad de los temas sobre los que se disertó allí muestra la amplitud de sus intereses; entre otros, títulos tan dispares como “*Progreso inteligente nacional*”, “*Acerca del escepticismo actual*”, “*Ideas y miradas nuevas sobre la civilización argentina*”, “*Pestalozzi y la Sociedad para la propagación de los conocimientos útiles*”, “*El espíritu de la filosofía y la sociabilidad del siglo XIX*”, “*¿Cuál debe ser la misión de la literatura en las sociedades modernas?*”. Algunos socios dieron cuenta de sus traducciones de Víctor Hugo. Otros presentaron trozos originales de literatura, destacándose la lectura que Gutiérrez hizo de los dos primeros cantos de *La Cautiva*, hasta entonces inéditos. Además se organizó una biblioteca del Salón, que llegó a contar con nutridos y actualizados anaqueles.

Pero, hacia fines de setiembre de aquel año 37, los diarios de Buenos Aires dejaron de publicar anuncios sobre las

actividades del Salón Literario. Son las primeras manifestaciones de la censura de las autoridades, que comenzaron con presiones sobre la publicidad, ante la desconfianza que les despertaba la índole de sus actividades. Casi simultáneamente, se alejaron algunos socios. Entre ellos, De Ángelis, allegado al gobernador Rosas, fue uno de los primeros en desistir, también Vicente López abandonó el Salón. Rosas hizo advertir a los miembros del mismo que “eran poco serios sus procederes”.

Volvemos al relato de Weinberg: *“El clima que se respiraba en el Salón Literario al cabo de pocos meses mostraba que en la heterogeneidad de su público, a impulsos de malquerencias y deserciones, y de la hostilidad de las autoridades, se estaba agravando una indisimulada crisis... pero ¿era una crisis solamente o se trataba de un proceso de decantación?*

Es en ese momento, el 28 de setiembre de 1837, cuando Sastre apela a Echeverría -hasta entonces un contertulio más -aunque destacado en sus intervenciones y participación- y lo convoca a desempeñar un papel de

responsabilidad en la conducción de la entidad. Echeverría acepta la propuesta de Sastre y entra de lleno a trabajar activamente en el Salón. Comenzó por inaugurar una serie de conferencias sobre la situación política, cultural y el estado económico y social del país. Ocupado hasta entonces en temas literarios y filosóficos, el Salón empieza a incursionar más decididamente en el terreno político.

A esta etapa corresponden **las dos «lecturas» que Echeverría pronuncia en el Salón Literario**, su papel protagónico en la fundación de la Joven Argentina y sus principios políticos desarrollados posteriormente en el Dogma Socialista (precedidos por la Ojeada retrospectiva...).

Estas obras resumen su programa político y, la Ojeada retrospectiva en especial, será uno de los análisis más significativos de aquella época. Si se considera esta labor de ensayista a partir de las mencionadas Lecturas, podría ubicarse a Echeverría como iniciador de una corriente socialista en la historia del pensamiento político argentino que se diferencia del liberalismo tradicional del siglo XIX por su adhesión a los postulados del socialismo utópico. No obstante, otras interpretaciones lo ubican como precursor de esta modalidad política del liberalismo que se

cristalizará en la Argentina a partir de 1880.

Echeverría, escribe Gutiérrez, comenzó a mover el ánimo de la juventud en la dirección de una empresa lógica de reforma social y compromiso político...Paralelamente, en noviembre de 1837 se publica el primer número del semanario *La Moda*, editado por Rafael Corvalán y Juan Bautista Alberdi. La publicación se presentaba como un periódico dirigido a la elite ilustrada, cubriendo temas de actualidad, arte, moda y otras actividades sociales, con el objetivo de entretener y, a la vez, difundir el espíritu reformista en la cultura de la época.

Para algunos, era una suerte de “puente” tendido al gobierno de Rosas. Como bien recuerda Vicente Palermo en un artículo reciente, Echeverría y Alberdi habían pasado por un momento de valoración -si bien con reservas- de la capacidad de Rosas de implantar el orden. El orden autoritario como paso indispensable a un orden constitucional.

Algunos llegaron a confiar, no por mucho tiempo, en que el

propio Rosas, en los ropajes del despotismo ilustrado, diera nacimiento a las instituciones liberales que el país precisaba. Pero solo unos meses bastaron para poner en claro que la ideología conservadora, tradicionalista y antiliberal de Rosas, y su realismo implacable en el ejercicio del gobierno basado en la suma del poder público, eran incompatibles con los objetivos de aquellos jóvenes que se proponían seducirlo con sus ideas liberales.

El periódico *La Moda*, llegó a publicar veintitrés números, entre noviembre de 1837 y abril de 1838, antes de que Rosas lo clausurara. El 10 de enero de 1838, Sastre publica en los periódicos un aviso cuyas líneas anticipan la interrupción de las actividades de ese espacio de encuentro. Pocos días después se comunica el remate de la biblioteca y la liquidación de la librería.

Pero lo que parecía el principio del fin de aquella experiencia era en realidad un tránsito a una nueva etapa. El 23 de junio de 1838, una treintena de sus miembros, a instancias de Echeverría, crean una nueva entidad, la *Asociación de la Joven Generación Argentina*, entonces sí más definidamente antirrosista, con la intención de actuar e

influir en la vida política nacional. La influencia europea era evidente, hasta el nombre tenía la impronta de la Asociación de la Joven Europa, inspirada por Mazzini.

Con sus bases doctrinarias, programa de acción, autoridades, afiliados, filiales -en Córdoba, Tucumán y San Juan-, se constituía el primer partido político orgánico y de alcance nacional de la historia argentina. De allí surgen las bases programáticas, sintetizadas en el trípode “Mayo-Progreso-Democracia” y las quince “palabras simbólicas” del nuevo credo político, leídas por Echeverría.

Era la síntesis del camino a emprender: *“Cada hombre, cada generación tiene una misión que resulta del estado actual de la sociedad que la engendra y de cuya vida, votos, deseos y esperanzas participa. Nuestro primer deber, pues, debe ser para nosotros, generación nueva y robusta, observar qué deseos, qué esperanzas, qué necesidades manifiesta nuestra sociedad actualmente y qué género de luces imperiosamente demanda”*. *“Y contra los que dicen 'La libertad soy yo' los jóvenes contestaban: 'Mayo-Progreso-Democracia'”*.

En la redacción del Dogma fue crucial la meta de superar la contrarrevolución rosista y retornar a los principios de Mariano Moreno. Escribe Echeverría: *“La palabra ‘progreso’ no se había explicado entre nosotros. Pocos sospechaban que el progreso es la ley de desarrollo y el fin necesario de toda sociedad libre; y que Mayo fue la primera y grandiosa manifestación de que la sociedad argentina quería entrar en las vías del progreso”*.

La palabra simbólica 2, Progreso, es vista como el esfuerzo orientado a obtener el bienestar del pueblo y mejorar su condición. Por esa razón, dice, “la revolución para nosotros es el progreso”. Este programa de progreso se apoya en el ejemplo de Europa, que es “el centro de la civilización de los siglos y del progreso humanitario”.

Como señalan varios autores, Echeverría repite las consignas sobre el progreso en la que pondrán su atención Alberdi y Sarmiento, pero su verdadero aporte diferencial radica en el modo que lo combina con el desarrollo de la democracia. En la palabra 1, Asociación, escribe: *“La democracia es por consiguiente el régimen que nos conviene y el único realizable entre nosotros”*. Y agrega:

“El problema fundamental del porvenir de la nación argentina fue puesto por Mayo: la condición para resolverlo en tiempo es el progreso: los medios están en la democracia, hija primogénita de Mayo”. Una declaración de principios que adquiere carácter teleológico al explicar la palabra 14, Fusión de todas las doctrinas progresivas en un credo unitario: *“El fin de la política es organizar la asociación sobre la base democrática”*. Los medios para ganar la opinión -escribirá a sus compañeros- serían “la prensa y la tribuna”.

Algo más acerca de la *Ojeada retrospectiva sobre el movimiento intelectual en el Plata desde el año 37*, que precede al *Dogma socialista*, publicado en 1846. Se trata de un exhaustivo análisis sobre la experiencia de una generación y una época, llevada a cabo por uno de sus principales protagonistas. Un texto que refleja el momento histórico en que vivió Echeverría, así como sus ideas, proyectos y, también, frustraciones.

Se condensan en este escrito, desde la perspectiva histórica política y social del autor, sus proposiciones en el campo cultural, su posición en defensa del arte romántico y la

literatura social como expresión de la realidad americana. Y la aspiración a una síntesis entre lo europeo y las necesidades nacionales.

«Tendremos siempre un ojo clavado en el progreso de las naciones - había escrito- y el otro en las entrañas de nuestra sociedad». Aspiración que de algún modo concreta en lo cultural, en la medida en que su obra se realiza como programa y búsqueda de una expresión nacional, aunque en el terreno político fracasara en tanto proyecto de unificar a todos los sectores en un partido nuevo.

Es significativo el análisis que hace Echeverría en la segunda de esas intervenciones -su Segunda Lectura del Salón Literario- respecto a la necesidad de desarrollar una industria nacional, ya que ve en su inexistencia una dependencia de las naciones europeas. Cuestiona, en este sentido, una economía basada solamente en la exportación de materias primas. Y manifiesta una conciencia de las diferencias que existen entre los países industriales europeos y la situación de la etapa poscolonial que atraviesa la Argentina.

Dice Echeverría que los economistas europeos elaboran teorías económicas basadas en los modelos de sus países y «ninguno de ellos ha estudiado una sociedad casi primitiva como la nuestra, sino sociedades viejas que han sufrido mil transformaciones y revoluciones».

En la Ojeada se exploya sobre la necesidad de la democracia y la igualdad en nuestro país, algo que ya había manifestado antes en la mencionada segunda lectura, en la que también se refería a la carencia de leyes que protejan la pobreza: *«Se han dictado leyes y éstas solo han protegido al poderoso -dice. Para los pobres no se han hecho leyes, ni justicia, ni derechos individuales, sino violencia, sable, persecuciones injustas. Ellos han estado siempre fuera de la ley».*

Hacia 1850, en el exilio uruguayo, entre las estrategias y opciones que elige para enfrentar y derrotar a Rosas, Echeverría se inclina por cifrar sus esperanzas en el creciente liderazgo de Urquiza, a quien envía un ejemplar del Dogma. «Es necesario desengañarse -señala en uno de sus escritos-: no hay que contar con elemento alguno extranjero para derribar a Rosas. La revolución debe salir

del país mismo; deben encabezarla los caudillos que se han levantado». Sin embargo, no podrá asistir a la materialización de sus deseos.

Después de varios años de penurias económicas y del padecimiento de su endeble salud, Echeverría fallece el 19 de enero de 1851 en Montevideo. En un pasaje de la Ojeada, sus palabras de un modo profético anuncia este desenlace personal: *«Si es nuestro destino morir en el destierro -dice-, sepan nuestros hijos al menos que sin ser unitarios ni federales, ni haber tenido vida política en nuestro país, hemos sufrido una proscripción política y hecho de ella cuanto nos ha sido dable para merecer bien de la Patria»*.

Tras la caída de Rosas, se abrirá un nuevo ciclo histórico dentro del cual las ideas de la Generación del 37 van a plasmarse de modo singular en la nueva Confederación Argentina y en la Constitución Nacional de 1853. La muerte de Echeverría le impidió completar su obra y participar de los agitados debates y de la vida pública siguiente a Caseros. “Custodio insobornable de los ideales de Mayo”, como lo define Poli Gonzalbo, él soñaba con un

libro que quizás hubiera sido emblemático y coronaría la doctrina de 1837, *La democracia en el Plata*, contemporáneo como lo era a la obra de Tocqueville publicada en el '35.

Los hombres y las ideas, comprendidas en el contexto de su tiempo. Las ideas de la libertad, la igualdad y la fraternidad conforman el ideario emancipatorio que animó a aquellos pensadores y hombres de acción, que lucharon contra el absolutismo, el colonialismo y la tiranía. Aún en sus disputas, tensiones y conflictos intelectuales y políticos, y podría decirse que fue el resultado de esas tensiones, conflictos y diferencias –esa riqueza y diversidad de pensamientos animados por la búsqueda del progreso, y esa implicación recíproca entre las exigencias de la libertad y de la igualdad- lo que posibilitó que la Argentina pudiera ser un país pujante, allí donde generaciones de inmigrantes abrigaron -y pudieron realizar-no sin conflictos y luchas- el sueño fecundo de un futuro mejor.

Nuestra historia está marcada por antinomias y antagonismos persistentes. También, por amalgamas, confluencias y evoluciones que muchas veces –y por lo

general- no fueron percibidas en el devenir del tiempo por sus propios actores, en el fragor de un presente continuo. Atrapados en la dimensión agonal de la política, soslayaron -soslayamos- su dimensión arquitectónica.

En nuestra historia, como en la de toda América latina, la cultura política liberal se configura abrazada a la defensa de los derechos y libertades individuales, la lucha contra el autoritarismo, la confianza en la sociedad civil y en la opinión pública. En las antípodas, de la obediencia absoluta y de la persecución y el castigo de la herejía. Y en diálogo con otras tradiciones del pensamiento político.

El liberalismo no ha recorrido o forjado una ruta única y lineal, sino que se fue definiendo en una variedad de caminos paralelos, divergentes y confluyentes, con curvas y desvíos, demarcando entre las ideas y la realidad, entre el pensamiento político y la política práctica, en el camino que fue *de la República posible* imaginada por Alberdi a *la República verdadera* edificada por Roca, y de esta a “la República imposible” a partir del golpe de Estado de 1930. La democracia tardaría otro tanto en recorrer ese camino sinuoso, escarpado, e interrumpido tantas veces, hasta su

recuperación en 1983.

El antagonismo entre liberales y autoritarios se cruza con el de izquierdas y derechas y la oposición pueblo-nación vs. oligarquía tuvo versiones liberal-republicanas, autoritarias y populistas. A un lado y al otro se combinarán estos términos y etiquetas de variadas maneras y con distintos matices a lo largo de la historia argentina contemporánea. Algo similar ocurrirá con las tradiciones del pensamiento conservador y el pensamiento socialista en sus distintas vertientes.

La historia política argentina -se ha dicho y escrito- es un tapiz tejido con hilos de distintas ideologías. Y cabe apuntar: tejido y también desgarrado por tijeras y cuchillas de distintas fuentes ideológicas, con metáforas y referencias como “cortar de cuajo”, “remover de raíz”, “exterminar” o “terminar de una vez y para siempre”, planteos redentoristas o regeneracionistas que obviamente nunca terminan de cumplirse y nos condenan al faccionalismo, los antagonismos irreductibles, los ciclos pendulares y las recurrentes frustraciones.

Echeverría nos lega a los argentinos un conjunto de ideas-fuerza que atraviesan dos siglos y tienen vigencia hasta nuestros días: que no hay libertad sin igualdad ni igualdad sin libertad, sin negar -antes bien, reconociendo- la tensión, tan histórica como presente- entre la pasión igualitaria y el deseo de ser singular e individualmente libres, y que una cultura democrática no se debilita con la crítica y el disenso sino que encuentra en ellos la fuente potencial de su riqueza y robustecimiento.

La educación como motor de desarrollo social y soberanía nacional.

También una trayectoria que remite a un tema siempre presente, desde entonces hasta nuestros días: el papel del intelectual público y su relación con el compromiso político en una sociedad libre. Y los ambientes -más propicios o más adversos- en los que se cultivan y se forjan pensamiento y acción. La presencia -y atenta escucha- en este ámbito de algunos de los más connotados pensadores, académicos e intelectuales argentinos de nuestro tiempo, me exime -y me inhibe- de mayores comentarios.

Solo me permito destacar dos cuestiones específicas,

1) una cuestión de método y de concepto que constantemente nos hacemos: acerca de los grados de cercanía o distancia con el escenario de la política coyuntural, la “toma de partido” o el resguardo de la debida distancia, de la autonomía e independencia de criterio desde la cual interpelar a la realidad y aportar nuestros puntos de vista desde una perspectiva histórica o filosófica.

2)Y otra cuestión, relacionada con el acervo cultural y el capital intelectual, su preservación y transmisión. Como sabemos, gran parte de la obra de Echeverría se conoció décadas después, y eso se lo debemos al trabajo de recopilación, edición y escritura de Juan María Gutiérrez. Los libros, la prensa gráfica, las revistas culturales fueron los vehículos de difusión. ¿Cómo se manifiestan estos soportes y herramientas en los entornos digitales en los que hoy vivimos? ¿A qué desafíos educativos y culturales nos enfrentan?

Y, ya concluyendo, con final abierto (porque los procesos históricos no se detienen), tocquevilleanos al fin y al cabo,

como lo fueron los hombres del '37, con el entendimiento de la ciencia política como una empresa intelectual que es a la vez científica y filosófica, que tiene una finalidad en sí misma, pero también un objetivo programático. Como señala Rodríguez Rial (2022), de lo que se trata, ni más ni menos, es de la actividad de pensar, esa que no solo nos previene -o debería prevenir- de las catástrofes, sino que también nos permite reconocernos como seres diversos que compartimos -y en tanto compartimos somos co-responsables- de ese mundo común que desde los tiempos antiguos conocemos como “la política”, la vida de la *polis*.

Buenos Aires, 8/10/2025.

Referencias bibliográficas

- Altamirano, Carlos y Beatriz Sarlo. *Ensayos argentinos. De Sarmiento a la vanguardia*. Siglo Veintiuno, Buenos Aires, 2016.
- Botana, Natalio. *La tradición republicana. Alberdi, Sarmiento y las ideas políticas de su tiempo*. Edhasa, Buenos Aires, 2025.
- Echeverría, Esteban. *El Dogma Socialista*, Ediciones Del Nuevo Extremo, Buenos Aires, 2010.
- Losada, Leandro. *Liberalismo y democracia en la Argentina* (Unsam, 2024).
- Rodríguez Rial, Gabriela. *Tocqueville en el fin del mundo* (Miño y Dávila, 2022)
- Shumway, Nicolas. *La invención de la Argentina. Historia de una idea*. Emecé, Buenos Aires, 1993.
- Tarcus, Horacio. *El socialismo romántico en el Río de la Plata (1837-1852)*, Fondo de Cultura Económica, Buenos Aires, 2016.
- Félix Weinberg. *Esteban Echeverría, ideólogo de la segunda revolución*. Taurus, Buenos Aires, 2006.

Artículos

-Dámaso Martínez, Carlos. *Esteban Echeverría y la fundación de una literatura nacional*,

https://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/esteban-echeverria-y-la-fundacion-de-una-literatura-nacional/html/51a23f9a-5257-11e1-b1fb-00163ebf5e63_3.html

-Poli Gonzalbo, Alejandro. *Esteban Echeverría, custodio insobornable de los ideales de Mayo*, Diario La Nación, 18/6/25.

https://www.lanacion.com.ar/opinion/esteban-echeverria-custodio-insobornable-de-los-ideales-de-mayo-nid18062025/?utm_source=appln